

# Escritores de Indias

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS \*

## I

En la Colección Rivadeneyra, o de Autores Españoles, una de las empresas literario editoriales más importantes de la España de finales del siglo XIX, al hacer catálogo de todos los dichos autores, se halló en presencia de muchos que sólo trataban de América. Pero, como eran muchos, desde el propio Colón hasta Argensola, pasando por Garcilaso y Solís, los volúmenes dedicados a algunos de ellos fueron membretados con la palabra “primitivos”, es decir, aquellos más antiguos. Esta restricción, tácitamente, suponía que era necesaria una clasificación entre el cúmulo de escritores que se habían dedicado, casi exclusivamente, a tratar, desde un punto de vista u otro, temas americanos.

Desde entonces ha habido una preocupación por establecer distingos y clasificaciones, unas veces atendiendo a la naturaleza, profesión o dedicación de cada escritor (soldados, “cronistas de convento”, funcionarios, etc.) o las características de sus obras: cronistas, historiadores, anticuarios (que sólo les interesaban las noticias sobre las culturas indígenas) etc. Alguno de los tratadistas, como Sánchez Alonso, en su *Historia de la Historiografía Española* (obra ejemplar, utilizada por todos y mencionada por pocos), desmenuzaban más, atendiendo al tema, estableciendo clasificaciones como la de “historiadores de hechos particulares” o “historiadores generales”. García Icazbalceta, en México —uno de los bibliófilos activos más importantes de la Americanística— o Porrás Barrenechea en el Perú (ejemplo similar en Suramérica), como profundos conocedores de la materia, prefirieron un orden cronológico a cualquier clasificación, estableciendo en cada caso la importancia y dedicación de cada autor, con sus características literarias o de fondo.

Dentro de esta confusión y falta de un criterio uniforme, aceptado por todos, la palabra *cronista* vino a ser una especie de panacéa denominadora, y así, tratara de lo que tratara un escritor de Indias (esta palabra no tiene nada de peyorativo, sino que es identificadora), para todos comenzó a ser el membrete general de quien escribía cosas de América. *Cronista* era cualquier

---

\* Catedrático de Historia de América. Universidad Complutense. Madrid.

escritor o autor que hablara de América, escribiera en el siglo que fuera. Así hemos leído en un trabajo arqueológico reciente —que no citó, porque no hay que poner en evidencia a nadie— decir que “*un cronista dice...*”, y el *cronista* referido es Vazquez de Espinosa, que escribe en el siglo XVIII, y es un mero recopilador de datos estadísticos e informaciones históricas, que recoje de escritores de los siglos XVI y XVII. Este no es un *cronista*. Por ello de entrada se impone una clarificación.

## II

La clarificación ha de consistir, en primer lugar, en dar a las palabras su verdadero significado, y que todos cuando se mencione a uno de estos escritores sepan que dice, que contenido posee. Pero antes de entrar en definiciones, conviene que tengamos en cuenta los aspectos del fenómeno *escritores* de Indias, en su significado histórico-cultural, y cronológico. Comencemos por éste último.

La atención literaria —es decir, de las gentes que escriben— durante el largo período que va desde 1942 a nuestros días no es, naturalmente, la misma en cada tiempo. La actitud ante las cosas de las Indias varía según la circunstancia cronológica. En otras palabras, no se puede colocar en el mismo cajillero a Pedro Cieza y a Boturini, *cronista* e historiador el primero, en el Perú del siglo XVI, investigador, lingüista e historiador, en el México del siglo XVIII, el otro. No, no se puede, y hay que enmarcarlos en encuadramientos sistemáticos, en los que se tenga en cuenta su actividad, su actitud, sus fines informativos, sus procedimientos, pero también el entorno cultural en que se movieron, y la época en que les tocó vivir e informarse y escribir. Por esta razón lo primero es una ordenación cronológica.

El siglo XVI es el siglo del conocimiento general y profundo de América, de su *descubrimiento*, en el sentido de que se va paulatinamente revelando al mundo lo que es América y lo que contiene. La revelación de todas las novedades que en sí mismo posee el Nuevo Mundo, se mueve dentro de la ley pendular de la oferta y la demanda. La demanda, que es la curiosidad del mundo viejo ante lo que se va encontrando en el nuevo, ansía conocer, y la oferta viene determinada por lo que pueden entregar a este ansia de conocimiento las gentes que *han estado allí*, que *han tomado parte en ello*, o que *han tenido información privilegiada*. Estas tres modalidades pueden estar representadas por un Diego Trujillo (soldado de la hueste española en la Conquista del Perú), que “estuvo allí”, un Hernán Cortés, jefe de la hueste conquistadora del Anahuac, y que “tomó parte en ella”, o Pedro Martyr de Anghiera, que estaba en un puesto palaciego que le permitía “tener información de primera mano, privilegiada”.

En este siglo, ambos, productores de información y consumidores de ella, se movían por idénticos incentivos, resultado natural de los centros de interés de su mundo cultural, que venía estando preparado durante casi una centuria por la promesa de cosas maravillosas y prodigiosas. Promesas de que existían realmente mundos hasta entonces desconocidos, como habían difundido por la Europa del siglo XV las páginas del *Libro de las Maravillas del*

*Mundo*, del Caballero Sir John de Mandeville. Lo maravilloso, lo sensacional, lo muy nuevo, acaparaba la curiosidad del mundo, y era presidida esta curiosidad por el asombro. Todo en las tierras nuevas, *nuevamente* descubiertas era asombroso: asombrosa su geografía, asombrosos sus productos, asombrosos sus animales y, finalmente, asombrosas las vidas y costumbres de las gentes que habitaban las islas y la tierra firme. Y también, asombrosa la riqueza —para la mentalidad europea— de oro y plata que se veía y hallaba por todos sitios.

Se produce, por los motivos indicados, un extraordinario auge de escritos, que podemos encuadrar en dos modalidades bien definidas: *cronistas* e *historiadores*. Los cronistas son aquellos que narran, exponen, o cuenta hechos sucedidos, que en la mayoría de los casos han tenido como testigos o protagonistas a los mismos que escriben, o personas que han tenido información inmediata y fidedigna. La relación de todos ellos sería muy larga, y además innecesaria, por sobradamente conocida. Se inicia con las cartas de Cristóbal Colón anunciando su regreso y termina con el *Epítome* de Ximenez de Quesada, o quizá, ya a comienzos del siglo XVII, con Villagutiérrez y Villamayor, pasando por crónicas en versos ramplones, como las que relatan las desventuras de Serpa. Solo a éstos puede llamarse *cronistas*.

Pero hay también *historiadores*. Definir lo que es un historiador consiste en tarea árdua, que ha producido libros de teoría y doctrina, llenos de sabiduría, y yo no voy a intentarlo en unas pocas líneas. El historiador es el sujeto de la acción de *historiar* (que no es lo mismo que “hacer historia”, que es la función de todos los humanos), que, por lo tanto expone lo sucedido en el pasado, pero ordenándolo según su criterio, dentro de una estructura que procura que se acerque lo más posible a lo que en verdad aconteció. La verdad es, por lo tanto, uno de sus objetivos principales, aunque haya otros secundarios, como son la belleza de la exposición, el lenguaje literario, la moralización y la oratoria. Desde este punto de vista, también le interesa, y es otro de sus fines, el “informar”. Parece que para poder *historiar* se precisa de lo que se llama generalmente la “perspectiva”, es decir, la distancia suficiente en el tiempo para que no haya interferencias, ya sean el exceso de información (los “árboles que no dejan ver el bosque”), o la falta de ella. O, también, que los hechos estén tan próximos en el tiempo, que no haya serenidad de juicio para juzgar, porque el historiador es un juez en cierto sentido, no solo por lo que sentencie en los acontecimientos, diciendo si fueron buenos a malos, si los hombres actuaron acertada o desacertadamente, justa o injustamente, sino porque en la misma selección y ordenación del relato hay implícito un juicio. Pese a todos estos condicionamientos, en el siglo XVI, mientras aún estaban desarrollándose operaciones de exploración y conquista, hay verdaderos historiadores, es decir, que se proponen *historiar*, aunque muchas veces narren episodios en los que han tomado parte, o de los que han sido testigos. Son pues una mezcla de cronistas e historiadores.

Ejemplos claros de esta última faceta son Gonzalo Fernández de Oviedo, en su *Historia General y Natural de las Indias* y Fray Bartolomé de las Casas, en su *Historia de las Indias* y en la *Apologética Historia Sumaria de las Indias*. Curioso, sin embargo, que Fray Bartolomé se reservara los juicios para

la *Brevísima Relación de la destrucción de las Indias*, y no lo hiciera en las otras dos obras mencionadas.

Pero en ese prodigioso siglo XVI —prodigioso por el fenómeno de la pléyade de escritores— hay ya un elenco nutrido de verdaderos historiadores, de hombres que miraron hacia el pasado y, recogiendo informaciones de aquí y de allá (el carácter de estas informaciones, tomadas de tradiciones orales, aún ha de interesarnos), construyeron obras *historiales*. Precisamente éste fue el título, como se recordará de Fernando de Montesinos: *Memorias antiguas historiales y políticas del Perú*. Ejemplos de estos historiadores los tenemos tanto para Mesoamérica como para Suramérica; recordemos a Alvarado Tezozomoc, a Alva Ixtlilxochitl, a Fray Martín de Murúa o Felipe Huamán Poma de Ayala, que aunque redactan a principios del siglo XVII, son gentes que recogen sus materiales o memorias durante la centuria anterior.

Puede decirse que Huamán Poma tiene más de medio libro dedicado al *Buen Gobierno*, pero esto no quita la exposición histórica que hace de los Incas y de la Conquista, en la primera parte.

Aún hay en el siglo XVI una modalidad que por su original modo de proceder merece mención separada: los *anticuarios*. Son éstos una manera de interés por las Indias que, de clasificarse en alguno de los compartimentos de las ciencias actuales, deberíamos encasillar fuera de lo cronístico o de lo histórico, en lo que hoy llamamos Antropología. En efecto, una de las novedades mayores del Nuevo Mundo, una vez pasado el asombro por la naturaleza y por las riquezas metálicas, es el espectáculo de las sociedades indígenas, su organización, sus creencias, sus estamentos políticos y de gobierno, sus técnicas. Y También de sus conocimientos, que van desde la idea del mundo, y la cuenta del tiempo, hasta la sabiduría farmacológica y medicinal. Este grupo es muy numeroso, y en él, como anotaremos poco más adelante, hay algún *especialista*, ya sea religioso o jurídico.

¿Qué les mueve a estos escritores? La contestación puede ser múltiple. Aunque no descontemos la curiosidad, que ya Aristóteles afirmó era la base de la inquisición científica, creo que hay que anotar una causa, quizá inconsciente, pero unánime en todos: el deseo de perpetuar la memoria de cosas (recalco la palabra) que van desapareciendo, que son diferentes de las del mundo conocido por ellos, y por lo tanto de sus posibles lectores. Las nociones que llevan a que se redacten estos escritos son variadísimas, pero coincidentes en la forma. Veamos algunos ejemplos. El virrey Toledo hace unas *Informaciones* con finalidad política, Fernando de Alva Ixtlilxochitl, descendiente de los señores de Tezcoco, hace su *Historia* con una finalidad personal, la de recuperar sus derechos hereditarios, y sus tierras; Fray Bernardino de Sahagún, con el fin de conocer a fondo el mundo azteca, para evangelizarlo, escribe su *Historia de las cosas* (por eso he remarcado la palabra) *de la Nueva España*; Francisco de Avila sus *Supersticiones de Huaro-chirí* para desenmascarar a los que le habían engañado con falsas conversaciones y, de paso, defenderse de una denuncia, Fray Diego de Landa hace su *Relación de las cosas* (nuevamente la palabra) *del Yucatán*, entre otras razones para reparar quizá inconscientemente la destrucción de informaciones indígenas, realizadas por él en el “auto de fé” de Maní. A la lista, que

podría ser un catálogo larguísimo. Debemos añadir a Fr. Román Pané, que a pedido de Cristóbal Colón escribe una relación sobre las creencias de los habitantes primitivos de las Antillas. El valor que todo esto tiene, lo hemos de considerar después.

Todo este mundo de informantes sobre cosas que les son contemporáneas, concluye prácticamente con el siglo XVI. En los siglos sucesivos la actitud cambia. Ya todo lo de América es más o menos conocido, ya los escritos no despertarán la curiosidad por saber de cosas nuevas, extrañas, maravillosas, exótica. Y entran en juego los verdaderos historiadores, los que se informan de lo que dicen otras obras, que a veces —pocas— consultan documentos oficiales, relaciones o informaciones de los protagonistas, o resumen libros ya impresos, acomodándolos a su modo de entender la Historia. Es del siglo XVII la *Historia de los hechos de los castellanos en islas y Tierra Firme del Mar Océano*, de Antonio de Herrera y Tordesillas, la *Historia de la Conquista de México* por Solís, o la *Historia del Nuevo Mundo* del jesuita Bernabé Cobo. La cita también podía ser larga pero con los ejemplos citados parece demostrada la historicidad de esta centuria.

La renovación de las exploraciones marítimas, al compás del crecimiento colonial de Francia y, especialmente, de Inglaterra, significa asimismo la renovación del interés por lo exótico. Las aventuras del *Endeavour* de James Cook, y el conocimiento de las navegaciones de Laperouse, despiertan la afición por los relatos de viajes, como el que haría de su estancia en Suramérica, el francés Lacondaminc. Poco también varía la manera de hacer historia, de historiar. El napolitano Juan Bautista Vico publicaba en 1727 su *Scienza nuova*, que pretendía “entender” la Historia, pero sin la necesaria repetición de todo lo sucedido, sino agrupando los sucesos por fenómenos, que mostraban que en el devenir histórico había un verdadero “corso e vitorso” de la propia Historia. Afirmaba lo que luego recitarían todos los estudiantes de Historia, que ésta se repite. Ambas corrientes producirían obras nuevas, como el *Giro al Mondo*, de Gemelli Careri o la *Idea de una nueva Historia de la América Septentrional* (México) del ligur Lorenzo Boturini Benaduci, que comenzaba su trabajo confesando que se guía por las normas del “aguila partenopea”, es decir, del napolitano Juan Bautista Vico.

Y ya no podremos hablar más de *escritores de Indias*, pues con el siglo XIX se inicia el estudio de América, suscitando por el verdadero pionero de los viajes científicos, el alemán —que siempre escribió en francés— barón Alejandro de Humboldt, con su *Vues des cordilleres* y sus estudios sobre las regiones equinociales de América. Los movimientos secesionistas de las colonias europeas en el Nuevo Mundo y la consiguiente apertura de sus tierras a la visita de la gente curiosa —curiosidad de viajero, pero también curiosidad de hombres de ciencia— permitirán una verdadera avalancha de viajeros, como Charnay, Tschudi, Wiener, Wiese, Freiherr de Wied Neuwied, con sus dibujantes como el americano Stephens, que llevó a Catherwood en su exploración de Mesoamérica. Se “descubren” (porque en los siglos anteriores se dió más importancia a las tradiciones y a las organizaciones vivas de la sociedad y del poder) las ruinas de las viejas ciudades, y de los santuarios y sitios ceremoniales. Hay un interés por las viejas culturas. Comienza entonces la carrera por ir retrasando el comienzo cronológico de

la presencia del hombre en América. Pero esto corresponde ya al desarrollo de la ciencia americanista, organizada —mas o menos— en 1874 en Nancy, en el primer Congreso Internacional de Americanistas.

### III

Estudemos ahora el fenómeno de los *escritores de Indias*, que diputo único en la historia de la cultura occidental. Habría que remontarse a Herodoto, o a Tácito, con su *Germania*, o a la monja Roswitta y a Fr. Anselmo de Turmeda, en las edades antiguas y media, para encontrar, y como casos aislados, algo similar, pero sin una producción de tanta abundancia de autores, y de tal altura. Merece la pena detenerse en un análisis, que nos proporcione el verdadero calibre y calidades del fenómeno, con especial referencia al siglo XVI.

Ya hemos visto que a finales del siglo XVIII, por las razones expuestas, hay un movimiento de interés por América, que es un interés no solamente exotista —curiosidad por lo exótico a la cultura occidental—, sino esencialmente científico, y que la labor de los viajeros no es la de narrar sus aventuras (que a veces ni se mencionan), sino la de descubrir restos de las antiguas culturas, especialmente las que podemos llamar “civilizaciones”, del Nuevo Mundo. Y para ello se arriesgan verdaderos investigadores, tomando parte en expediciones exploratorias. Creo que no podemos poner en duda que en la época del Renacimiento había un clima cultural similar, y que geógrafos, como Ramusio, se interesaron profundamente por entrar en el conocimiento de las novedades ultramarinas. Lo que se descubría, y se informaba, era algo que interesaba por igual a geógrafos, naturalistas, filósofos, médicos, historiadores, humanistas. Parece que no podemos poner en duda todo esto. Y, sin embargo...

Sin embargo puede afirmarse, en términos generales, que ni uno solo de estos sabios dió un paso adelante, solicitando formar parte de las expediciones, o dando instrucciones a alguna persona para que trajera muestras del otro lado del Atlántico. El Dr. Chanca —porque formaba parte de una expedición— es probablemente uno de los pocos científicos que tiene conocimientos para apreciar las novedades, y darles su justo valor. Había en Europa círculos científicos en torno a príncipes y cardenales, y mecenas que protegían, y daban sustento a los sabios matemáticos y geógrafos, como el cardenal de Lorena, promotor de ediciones cartográficas, y muchos de ellos recibían las epístolas de Pedro Martyr de Anghiera o de Morigo Vespucci. Ninguno de estos círculos puso en marcha una investigación, o participó activamente en desvelar los misterios de que estaba lleno el continente occidental. Y, un segundo sin embargo...

Sin embargo es copiosísima la información que viene de las Indias, por obra de los tantas veces mencionados *escritores*. Ante ello cabe hacer una pregunta, pregunta ingenua, pero que tiene su razón de plantearse: ¿Es que en las expediciones iban hombres preparados en las Universidades europeas, que aplicaron sus conocimientos en relatar e interpretar lo que veían? La respuesta ya la conocemos: No. Los equipajes de las flotas que marchaban

a Indias, cuando sus capitanes habían capitulado con el Rey de España, o de las flotas mercantiles y de emigrantes ,estaban integradas por soldados rasos, algún bachiller, funcionarios nombrados por influencias cortesanas, magistrados, y clérigos, que muchas veces apenas sabían algunos latines. Ciertamente que todos ellos estaban acostumbrados al legalismo curial, a dejar testimonio en actas, reclamaciones, juicios de residencia, atestados etc., de sus actos, por lo que podríamos llamar —con el Dr. Marañón en su *Conde Duque de Olivares*— manía “papelista” del español. Pero entre los miles y miles de españoles que pasaron a Indias (como prueban las listas de *Pasajeros* confeccionadas en la Casa de Contratación) y los estudios de Boyd-Bowman, sobre datos de las crónicas), los titulados se pueden contar con los dedos de la mano —salvo los magistrados, naturalmente—, en especial los que dejaron escritos que merecen el honor de ser registrados: los licenciados Polo de Ondegardo, Fernando de Santillán y Gonzalo Ximenes de Quesada.

Podemos, en vista de lo dicho, plantearnos una nueva pregunta: ¿si no marcharon a Indias gentes de letras, porqué tenemos tan copiosa cosecha informativa, no solo en relaciones burocráticas, sino en forma de libros? La respuesta es mucho más difícil, y no podemos echar mano del providencialismo, diciendo que la gracia del Señor bajó sobre ellos —sobre todos— como vino sobre el Colegio Apostólico. Solución fácil pero poco seria.

Hemos de notar algo aún, muy interesante. Así como ningún sabio, por propia iniciativa o del círculo humanístico al que pertenecía, tomó la iniciativa de marchar a las Indias, para enterarse personalmente de cómo eran éstas y de lo que en ellas había, tampoco ninguno de los que luego escribieron viajaron al otro lado del océano con fines de investigación. No, sus fines eran otros. O estaban enrolados en una hueste, o iban en busca de fortuna, o a cumplir misiones como “oficiales reales”, o a evangelizar. Pero ninguno a preparar notas para un libro. No obstante esta última consideración, insistimos, la cosecha es enorme.

¿Que sucedió entonces? Ya hemos visto que ninguno fue persona con estudios superiores, que sus fines de desplazamiento al mundo nuevo fueron muy diferentes, pero en ningún caso el deseo de conocer la tierra descubierta y conquistada, para luego dar cuenta de lo que iban viendo, o de las noticias que sobre las antiguas gentes iban acumulando. A mi modo de entender solo hay una explicación, que radica en el encanto mismo de América y de las circunstancias en que les tocó vivir a los futuros escritores de Indias. América despierta en ellos una curiosidad que inconscientemente existía y de la que seguramente no tenía noticia, y las circunstancias les pusieron frente a hechos extraordinarios, que se fijaron en su memoria de modo indeleble, y además tomaron conciencia de que la vida indígena que veían agonizar, con sus instituciones, modos de hacer, conocimiento etc. debía ser conocida por otros, y así se pone a escribir. Claro que no podemos ignorar aquellos libros que fueron escritos claramente para cumplir los fines que habían llevado a las Indias a sus autores. Un ejemplo es el ya citado de Fr. Bernardino de Sahagún —antiguo escolar de Salamanca— que se pone a investigar, fundando un verdadero centro científico, con informantes indígenas, a los que había educado, sobre la mentalidad y religión de los azteca, para realizar mejor su tarea evangelizadora, y que pudiera servir de guía a otros her-

manos suyos de religión. Otro ejemplo es el Licenciado Polo de Ondegardo, que estudia las organizaciones autóctonas, para asesorar al gobierno virreinal (que no le hizo demasiado caso) *Del notable daño que resulta de no guardar a los indios sus fueros*.

Gracias a esta fijación en la memoria de todo lo que iban viendo y aprendiendo —aunque escribieran a la vejez, como Bernal Díaz del Castillo— tenemos esa Colección única de obras. No hay recuerdo de ninguna otra conquista donde los vencedores se ocupen de cómo eran los vencidos. Quizá la conquista romana puede ser un antecedente, pero en cuanto a naciones europeas colonialistas, ni Francia, Inglaterra u Holanda pueden ofrecer algo semejante, como no sea ya en la era científica de la investigación antropológica, en el siglo XIX. Y en este cúmulo informativo, de los escritores de Indias, especialmente de los *cronistas* del siglo XVI, radica su enorme valor historial, antropológico y humano.

#### IV

Si. Porque éste es el valor relevante de los *cronistas*, de los que *estuvieron allí*, aprendieron el quechua, el aymará, el nahualt o azteca, el otomí, los cuarenta dialectos diferentes de la lengua maya, y la mayoría de las lenguas aborígenes de América. Su valor es el haber preguntado, inquirido, oído y transcrito lo que la voz de los pueblos indígenas de América les decía, y haberlo creído, y traducido al castellano. E, incluso, muchos de ellos haber preferido la lengua americana (Fr. Bernardino el nahualt, Francisco de Avila el quechua, p.e.) para que la fidelidad fuera mayor. Enorme respeto por la cultura americana primitiva, fidelidad en la transcripción. Por todo ello, creo que la importancia de los *cronistas* radica en los siguientes aspectos, que ennumero de modo ordenado:

- 1º Atención e interés por saber cómo estaban organizadas y desarrollaban su vida las comunidades prehispánicas.
- 2º Reproducción de lo que se les contaba (siempre hijo de una tradición oral, bien estructurada), trasladándolo al castellano, ordenándolo y dándolo a conocer al mundo.
- 3º Respeto por las formas prehispánicas de vida, con la comprensión de que se trataba de organizaciones humanas. El Padre Bartolomé de las Casas lo explicitó, pero en todos estaba implícito.
- 4º Admiración por gran parte de los logros indígenas, no sólo en el terreno de la farmacopea y la medicación (“los físicos indios saben más que los nuestros”, dicen algunos escritos), sino por la complejidad de sus estructuras, especialmente con tono admirativo en lo que respecta a México. Yucatán y el Perú. Elogio constante.
- 5º Salvamento para la posteridad de la totalidad del conocimiento de las culturas pre-colombinas de América. Ningún pueblo *prehistórico* ha tenido esa fortuna, ni los germanos, ni los iberos, ni los tracios. Esto quiere decir

que los *cronistas* son una fuente no maliciada, no prejuiciada, no “comprada” para que dijeran esto o lo otro sobre las culturas “bárbaras” o “paganas”, sino que, por el contrario, procedieron con la libertad de expresión más grande que conoce la historia de la Historiografía. Ya Lewis Hanke lo ha probado, no insistamos sobre ello.

Casi estas últimas conclusiones serían innecesarias, pues todo americanista culto, que bebe continuamente en estas fuentes, podría decir lo mismo. Pero de vez en cuando surge la discrepancia, movida quizás —y no quiero faltar a la comprensión para las faltas de los que buscan notoriedad por la “boudade”— por afán de oportunismo o de lucro. Tal es el caso de un curioso libro aparecido en julio de 1979, y al que me he resistido a hacerle una reseña a fondo, por tratarse de la obra de un colega estimado, que se ha acercado ocasionalmente a la Historia, y que se titula *Visión peruana de la Conquista (La resistencia incaica a la invasión española)*. Su autor es el licenciado Edmundo Guillén Guillén, al que debo noticias interesantes de sus exploraciones fugaces en los archivos del Cuzco, que me fueron muy útiles. Es un libro amargo, que hace más daño que bien a las juventudes que no han leído las crónicas y que, en el último párrafo de su desordenada exposición, en la página 19, dice lo siguiente:

“Sin embargo, con los documentos conocidos hasta la fecha, y pese a la importancia de los perdidos, creemos poder diseñar lo que llamamos *visión peruana de la conquista*, para discernir la verdad de los hechos y probar que, en efecto, los vencedores no solo quitan las riquezas y el poder, sino que también desprestigian a sus víctimas, pretendiendo arrebatarles su historia, para destruir la memoria de sus héroes y romper con su glorioso pasado”.

Estas palabras encierran tan gran falsedad, que es preciso salir al paso, porque de un plumazo (“destruir la memoria de sus héroes”) se sienta un principio espúreo: que los *cronistas* fueran periodistas a sueldo de la Monarquía española. ¿Ha leído el autor de las líneas copiadas lo que dice Fr. Martín de Murúa de uno de estos héroes, del último Inca total del Tahuantinsuyu, del que “más extendió su señorío”, es decir de Huayna Capac? Nosotros sí, y ojalá también lo leyeran quienes puedan caer en la trampa de una afirmación tendenciosa, escrita a la ligera. Dice así:

“(Huayna Capac) era valeroso, temido y estimado, prudente y severo, de gran juicio y entendimiento, belicoso y amigo de guerras, sabio en gobernarlas, y en la paz de gran magnanimidad, y persona valiente y animosa, y que peleaba el primero en todas ocasiones, para animar, y con su ejemplo llevar a los suyos a las empresas más arduas y dificultosas . . .”.

La *Chason de Rolland* no otorga más elogios a Orlando, el Par de Francia que tocó en Roncesvalles hasta la muerte su Olifante, llamando a la vanguardia del ejército de Carlomagno.

La enorme labor de los cronistas, que son una fracción importante de los Escritores de Indias, no desaparecerá por párrafos ligeros como el reseñado, pero quizá su fama sí, porque son pocos los que se zambullen en la corriente tumultosa del caudal inmenso de sus noticias, de su objetividad, de su afán de informar al mundo de la grandeza de unos pueblos —los prehispánicos— que la moledora rueda de la historia entregó al destino del engrandecimiento y expansión de los pueblos europeos.